

Oliver Sacks



Veo una voz
Viaje al mundo de los sordos


ANAGRAMA
Colección Argumentos

Oliver Sacks

Veo una voz

Viaje al mundo de los sordos

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Somos sumamente ignorantes respecto a la sordera, a la que el doctor Johnson calificaba de «una de las calamidades humanas más terribles», mucho más ignorantes de lo que lo eran las personas cultas en 1886 o 1786. Ignorantes e indiferentes. He planteado el tema en los últimos meses a muchísimas personas y casi siempre he recibido respuestas de este tenor: «¿La sordera? No conozco a ningún sordo. Nunca he pensado mucho en eso. La sordera no tiene nada de *interesante*, ¿verdad que no?» Así habría respondido yo también unos meses antes.

Pero las cosas cambiaron en mi caso cuando me enviaron un grueso volumen de Harlan Lane titulado *When the Mind Hears: A History of the Deaf*, que abrí con una indiferencia que se convirtió muy pronto en asombro y luego en algo que bordeaba la incredulidad. Analicé el asunto con mi amiga y colega la doctora Isabelle Rapin, que lleva veinticinco años trabajando en estrecho contacto con los sordos. Llegué a conocer mejor a una colega sorda congénita, mujer notable y de grandes dotes, a la que nunca había prestado atención.⁴ Em-

4. Esta colega, Lucy K., habla y lee los labios tan bien que yo no me di cuenta al principio de que era sorda. Hasta que giré un día la cabeza a un lado por casualidad cuando estábamos hablando, cortando así la co-

pecé a ver, o a estudiar por primera vez, a una serie de pacientes sordos que tenía a mi cuidado.⁵ Después de leer la historia de Harlan Lane seguí con *The Deaf Experience*, una colección de textos escritos por los primeros sordos alfabetizados, preparada por Lane, y pasé luego a *Everyone Here Spoke Sign Language*, de Nora Ellen Groce, y a muchos libros más. Ahora tengo toda una estantería dedicada a un tema que hace seis meses ni siquiera sabía que existiera, y he visto algunas de las excelentes películas que se han hecho sobre él.⁶

municación instantáneamente sin saberlo, no advertí que no me oía sino que me leía los labios (lo de «leer los labios» es una expresión bastante impropia para designar ese arte complejo de observación, deducción e inspirada conjectura). Cuando a los doce meses le diagnosticaron sordera, sus padres mostraron enseguida un deseo ferviente de que su hija hablase y formase parte del mundo oyente y su madre consagró muchas horas diarias a una enseñanza individual e intensiva del habla, esfuerzo abrumador que duró doce años. Lucy no aprendió a hablar por señas hasta después, a los catorce años; la seña siempre ha sido para ella una segunda lengua que no le brota de forma «natural». Asistió a clases «normales» (para oyentes) en el instituto y en la universidad, gracias a su pericia en la lectura de los labios y a unos potentes audífonos, y ahora trabaja en nuestro hospital con pacientes oyentes. Tiene sentimientos contradictorios respecto a su situación: «A veces siento –dijo una vez– que estoy entre dos mundos, y no encajo del todo en ninguno.»

5. Antes de leer el libro de Lane había abordado a los pocos pacientes sordos que había tenido a mi cuidado con criterios puramente médicos, como «otológicamente lisiados» o «enfermos del oído». Después de leerlo empecé a mirarlos con otra perspectiva, sobre todo después de observar a tres o cuatro de ellos hablando por señas con una vivacidad y una animación que antes no había sabido ver. Sólo a partir de entonces empecé a considerarles Sordos con mayúscula, miembros de una comunidad lingüística distinta.

6. Ha habido en Inglaterra desde «Voices from Silent Hands» (Horizon, 1980) media docena de programas importantes como mínimo. En Estados Unidos ha habido varios (sobre todo algunos excelentes de la Universidad Gallaudet, como «Hands Full of Words»). El más importante y reciente de ellos es el extenso documental en cuatro partes de Frede-

Un reconocimiento más a modo de preámbulo. En 1969 W. H. Auden me envió un ejemplar, el suyo, de *Deafness*, unas memorias autobiográficas excelentes del poeta y novelista sudafricano David Wright, que se quedó sordo a los siete años: «Te parecerá fascinante –me dijo–, es un libro maravilloso.» Estaba salpicado de anotaciones suyas (aunque no sé si llegó a escribir sobre él alguna vez). Lo hojeé por entonces sin prestarle demasiada atención. Volví a descubrirlo por mi cuenta. David Wright es un autor que escribe desde las profundidades de su propia experiencia, no un historiador ni un erudito que aborda un tema. Además, no es ajeno a nosotros. Podemos imaginar fácilmente su situación, mientras que nos resulta mucho más difícil hacernos cargo de la situación del que es sordo de nacimiento, como el famoso profesor Laurent Clerc. Por eso puede servirnos de puente, guiarnos a través de su experiencia al reino de lo inconcebible. Como resulta más fácil leerle a él que a los grandes mudos del siglo XVIII, debería leérsele primero a ser posible, pues nos prepara para ellos. Hacia el final del libro escribe:⁷

Los sordos no han escrito mucho sobre la sordera.⁸ De cualquier modo, considerando que me quedé sordo cuando ya sabía hablar, no estoy en mejor situación que un

rick Wiseman titulado *Deaf and Blind*, que emitió la televisión pública en 1988. Ha habido también en televisión un número creciente de obras de ficción sobre la sordera. Por ejemplo, en un episodio de enero de 1989 de la nueva «Star Trek», titulado «Louder than a Whisper», el actor sordo Howie Seago interpretaba a un embajador de otro planeta que era sordo y hablaba por señas.

7. Wright, 1969, pp. 200-201

8. Así era en realidad en 1969, cuando se publicó el libro de Wright. Desde entonces ha habido un verdadero aluvión de trabajos sobre la sordera escritos por sordos, el más notable de los cuales es *Deaf in America: Voices from a Culture*, de los lingüistas sordos Carol Padden y

oyente para imaginar lo que es nacer en el silencio y alcanzar la edad de la razón sin disponer de un medio para pensar y comunicarse. El simple hecho de intentarlo evoca esas palabras iniciales terribles del Evangelio de San Juan: «En el principio era el Verbo.» ¿Cómo se pueden elaborar conceptos en esa situación?

Esto (la relación del lenguaje con el pensamiento) es lo que constituye el problema más profundo, el básico, cuando consideramos aquello a lo que se enfrentan o pueden enfrentarse quienes nacen sordos o se quedan sordos muy pronto.

El término «sordo» es vago, o es tan general, más bien, que nos impide tener en cuenta los muy distintos grados de sordera, que tienen una significación cualitativa y hasta «existencial». Hay personas «duras de oído» (unos quince millones en Estados Unidos) que pueden llegar a oír más o menos una conversación recurriendo al audífono y contando con la atención y la paciencia del interlocutor. Muchos tenemos padres o abuelos que se incluyen en este apartado. Hace un siglo habrían utilizado trompetillas, ahora utilizan audífonos. También hay «sordos graves», muchos de los cuales lo son por haber padecido una enfermedad o una lesión en una etapa temprana de la vida; pero tanto ellos como los duros de oído pueden oír todavía una conversación, especialmente con esos nuevos audífonos tan perfeccionados, computadorizados y «personalizados». Luego están los «sordos profun-

dos» (de los que decimos a veces que están «sordos como una tapia»), que no tienen ninguna posibilidad de oír una conversación, por muchos adelantos tecnológicos que haya. Los sordos profundos no pueden conversar del modo habitual, han de leer los labios (como hacía David Wright) o hablar por señas, o ambas cosas.

Lo que importa no es sólo el grado de sordera sino (es esencial) la edad, o etapa, en la que se presente. David Wright menciona en el pasaje que hemos citado que se quedó sordo cuando ya sabía hablar, y que por eso no podía hacerse cargo de verdad de la situación de los que carecen de audición o la han perdido antes de aprender a hablar. Vuelve a abordar esto en otros pasajes:⁹

Fue una gran suerte que me quedara sordo cuando me quedé, si la sordera había de ser mi destino. A los siete años el niño ha asimilado ya los elementos esenciales del lenguaje, y yo lo había hecho. Haber aprendido a hablar de modo natural era otra ventaja. La pronunciación, la sintaxis, la modulación, la locución habían llegado por el oído. Tenía un vocabulario básico que podía ampliar fácilmente leyendo. *Todo esto me habría sido imposible si hubiese nacido sordo o si hubiese perdido la audición antes de lo que la perdí.* [La cursiva es mía.]

Wright nos habla de las «voces fantasma» que oye cuando alguien le habla si *ve* el movimiento de los labios y los rostros, y de cómo «oía» el rumor del viento¹⁰ siempre que veía los árboles o las ramas agitados por el viento. Hace una

9. Wright, 1969, p. 25.

10. Wright utiliza la expresión de Wordsworth «música ocular» para esas experiencias, incluso cuando no van acompañadas de fantasma auditivo, expresión que utilizan varios escritores sordos como metáfora de su percepción de la belleza y de las pautas visuales. Se usa sobre todo en los

Tom Humphries. Se han publicado también novelas sobre sordos escritas por sordos, por ejemplo *Islay*, de Douglas Bullard, que intenta reflejar las percepciones características, el flujo de conciencia, el diálogo interior de quienes hablan por señas. Para otros libros de escritores sordos, véase la bibliografía fascinante que incluye Wright en *Deafness*.

descripción fascinante de la primera vez que le sucedió, de su experiencia *inmediata* del comienzo de la sordera:¹¹

[Mi sordera] resultaba más difícil de percibir porque los ojos habían empezado a traducir inconscientemente movimiento a sonido desde el principio. Mi madre se pasaba casi todo el día a mi lado y yo entendía todo lo que decía. ¡Y cómo no! Me había pasado la vida leyéndole los labios sin saberlo. Cuando hablaba me parecía oír su voz. Esta ilusión persistió incluso de que supiese que lo era. Mi padre, mis primos, todas las personas que conocía, conservaban voces fantasmas. No comprendí que eran imaginarias, que eran las proyecciones del hábito y de la memoria, hasta que salí del hospital. Un día estaba hablando con mi primo y él, en un momento de inspiración, se tapó la boca con la mano sin dejar de hablar. ¡Silencio! Así me convencí definitivamente de que cuando no veía no oía.¹²

motivos repetidos (las «rimas», las «consonancias», etc.) de la poesía en lenguaje de señas.

11. Wright, 1969, p. 22.

12. Hay, desde luego, un «consenso» de los sentidos: los objetos se oyen, se ven, se tocan, se huelen, a la vez, de modo simultáneo; su sonido, visión, olor y textura se presentan juntos. La experiencia y la asociación son las que establecen esta correspondencia. No es, en general, una cosa de la que tengamos conciencia, aunque nos sorprenderíamos mucho si algo no sonara según su apariencia, si uno de nuestros sentidos diese una impresión discrepante. Pero se nos *puede* hacer cobrar conciencia de la correspondencia de los sentidos, de un modo bastante súbito y sorprendente, si se nos priva de pronto de uno de ellos, o si recuperamos uno. Así, David Wright «oía» el habla cuando se quedó sordo; un paciente mío anósmico «olía» las flores siempre que las veía; y Richard Gregory (en su artículo «Recovery from early blindness: a case study», reeditado en Gregory, 1974) explica el caso de un paciente que supo leer la hora que marcaba el reloj en cuanto recuperó la vista tras una operación

Aunque Wright sabe que los sonidos que «oye» son «ilusiones» («proyecciones del hábito y de la memoria»), han seguido siendo para él profundamente vívidos durante sus décadas de sordera. Para Wright, para los que se quedan sordos después de haberse asentado bien la audición, el mundo puede seguir lleno de sonidos aunque sean «fantasmas».¹³

(era ciego de nacimiento); antes tocaba las manecillas de un reloj sin cristal, pero pudo hacer una transferencia «transmodal» instantánea de esta información táctil a lo visual en cuanto empezó a ver.

13. El que se oigan (es decir, se imaginen) «voces fantasmas» cuando se leen los labios es muy característico de los sordos *postlingüísticos*, para los que el habla (y el «diálogo interior») ha sido antes una experiencia auditiva. No se trata de «imaginar» en el sentido ordinario, sino más bien de una «traducción» instantánea y automática de la experiencia visual a una percepción auditiva correspondiente (basada en la experiencia y en la asociación), traducción que es probable que tenga una base neurológica (de conexiones audiovisuales sedimentadas por la experiencia). Esto no sucede, como es natural, en el caso de los sordos *prelingüísticos*, que no tienen ni experiencia ni imaginación auditivas a las que recurrir. Para ellos leer los labios (y también la lectura ordinaria) es una experiencia exclusivamente visual; ven, pero no oyen, la voz. Es tan difícil para nosotros, como hablantes-oyentes, concebir incluso esa «voz» visual como para los que nunca han oído concebir una voz auditiva.

Habría que añadir que los sordos congénitos pueden apreciar plenamente, por ejemplo, el inglés escrito, a Shakespeare, aunque no les «habla» del modo auditivo. Les habla, hemos de suponer, de un modo completamente visual, no oyen sino que *ven* la «voz» de las palabras.

Cuando leemos, o imaginamos a alguien hablando, «oímos» una voz en el oído interior. ¿Y los que nacen sordos? ¿Cómo se imaginan ellos las voces? Clayton Valli, un poeta por señas sordo, cuando le llega un poema siente que su cuerpo hace pequeñas señas... está, como si dijésemos, hablando consigo mismo, con su propia voz. Los locos suelen padecer «audición de voces»; voces ajenas, con frecuencia acusatorias, que les regañan, o que les halagan. ¿Padecen también «visión de voces» los sordos cuando se vuelven locos? Y si es así, ¿cómo las ven? ¿Como manos haciendo señas en el aire, o como apariciones visuales de cuerpo entero que hacen señas? Me ha sido extrañamente difícil obtener una respuesta cla-

Pero si falta la audición al nacer o se pierde en la temprana infancia, antes de aprender a hablar, la situación es completamente distinta, es una situación básicamente inconcebible para las personas normales (e incluso para los sordos poslingüísticos como David Wright). Los afectados por este

ra..., lo mismo que puede resultar difícil, a veces, conseguir que el que ha soñado te explique cómo sueña. Puede captar algo en el curso del sueño pero es incapaz de decir *cómo*, si con la vista o con el sonido. Hay aún muy pocos estudios sobre las alucinaciones, el sueño y las fantasías lingüísticas en los sordos.

El problema de cuánto siguen «oyendo» los sordos poslingüísticos muestra analogías con la manera de seguir «viendo» de los que se quedan ciegos en una etapa tardía de la vida, que continúan viviendo en un mundo visual de un modo u otro, despiertos y en sueños. La crónica autobiográfica más extraordinaria de esta experiencia acaba de proporcionárnosla John Hull (1990). «Durante el primer par de años de ceguera —escribe—, cuando pensaba en personas a las que conocía las dividía en dos grupos. Las que tenían rostro y las que no lo tenían... La proporción de gente sin rostro fue aumentando con el paso del tiempo.» Cuando le hablaban personas a las que conocía tenía imágenes intensas de sus rostros... aunque imágenes grabadas por sus últimas impresiones antes de quedarse ciego, y por tanto progresivamente anticuadas. En el caso de las otras personas, aquellas de las que no había recuerdos visuales concretos, se produjeron, en determinado momento, «proyecciones» visuales incontrolables (quizás análogas a los «fantasmas» auditivos de Wright y a los miembros fantasmales de los amputados: estos «espectros sensoriales» los crea el cerebro cuando queda desconectado bruscamente del aflujo sensorial ordinario).

Hull descubrió que, en general, con los años, iba hundiéndose progresivamente en lo que él llama «ceguera profunda», con cada vez menos recuerdos, fantasías y necesidad de imágenes visuales y cada vez más sensación de «ver con todo el cuerpo», viviendo en un mundo autónomo y completo de sensaciones corporales, tacto, olfato y gusto, y, por supuesto, oído..., todo ello notablemente fortalecido. Sigue utilizando imágenes y metáforas visuales en su lenguaje, pero son para él, cada vez más, sólo metáforas. Es probable que los que se quedan sordos en una etapa tardía de la vida puedan ir perdiendo también gradualmente sus imágenes y recuerdos auditivos, a medida que se adentran en el mundo exclusivamente

impedido (los sordos prelingüísticos) son una categoría que se diferencia cualitativamente de todas los demás. Para estas personas que nunca han oído, que no tienen asociaciones ni imágenes ni posibles recuerdos auditivos, no puede haber siquiera ilusión de sonido. Viven en un mundo de mutismo y silencio continuos y absolutos.¹⁴ Estos individuos, los sordos congénitos, quizás sumen un cuarto de millón en Estados Unidos. Son una milésima parte de los niños del mundo.

te visual de la sordera «profunda». Cuando le preguntaron a Wright si le gustaría recuperar la audición en la etapa en que estaba contestó que no, que su mundo le parecía ya un mundo completo.

14. Se trata de una idea estereotípica no del todo correcta. Los sordos congénitos no sienten el «silencio» ni se quejan de él, igual que los ciegos no experimentan la «oscuridad» ni se quejan de ella. Eso son proyecciones o metáforas que nosotros hacemos de su estado. Además, hasta los que padecen la sordera más profunda oyen ruidos de diversos tipos y pueden ser muy sensibles a toda clase de vibraciones. Esta sensibilidad a la vibración puede convertirse en una especie de sentido accesorio: así Lucy K., aunque padece una sordera profunda, puede identificar inmediatamente un acorde como una «quinta» poniendo una mano sobre el piano, y puede apreciar voces en teléfonos muy amplificados; parece ser que lo que percibe en ambos casos son vibraciones, no sonidos. El desarrollo de la percepción de las vibraciones como un sentido auxiliar guarda ciertas similitudes con el de la «visión facial» de los ciegos, que utilizan la cara para captar una especie de información ultrasónica.

Los oyentes tienden a percibir vibraciones *o* sonido: así, un do grave (por debajo del nivel de la escala del piano) podría captarse como un do grave *o* como una oscilación atonal de dieciséis vibraciones por segundo. Una octava por debajo de esto sólo oiríamos una oscilación; una octava por encima (treinta y dos vibraciones por segundo), oiríamos una nota grave sin ninguna oscilación. La percepción de «tono» dentro de la gama auditiva es una especie de construcción o juicio sintético del sistema auditivo normal (véase *Sensations of Tone*, de Helmholtz, 1862). Si no se puede conseguir esto, como en el caso de los sordos profundos, puede haber una ampliación perceptible hacia arriba de la sensibilidad a la vibración, hacia campos que los oyentes captan como tonos, incluso en la gama media de la música y el habla.

De ellos y sólo de ellos, será de los que nos ocupemos aquí, pues su situación y su problemática son únicas. ¿Por qué? Tendemos a considerar la sordera, si alguna vez pensamos en ella, menos grave que la ceguera; tendemos a verla como un impedimento o un obstáculo, pero no la consideramos, ni mucho menos, tan terrible en un sentido radical. Es discutible que la sordera sea «preferible» a la ceguera si se presenta en una etapa tardía de la vida; pero es infinitamente más grave nacer sordo que nacer ciego, al menos potencialmente. Los sordos prelingüísticos, que no pueden oír a sus padres, corren el riesgo de un retraso mental grave e incluso de una deficiencia permanente en el dominio del lenguaje, a menos que se tomen medidas eficaces muy pronto. Y una deficiencia del lenguaje es una de las calamidades más terribles que puede padecer un ser humano, pues sólo a través del lenguaje nos incorporamos del todo a nuestra cultura y nuestra condición humana, nos comunicamos libremente con nuestros semejantes y adquirimos y compartimos información. Si no podemos hacerlo, estaremos singularmente incapacitados y desconectados, pese a todos nuestros intentos o esfuerzos o capacidades innatas, y puede resultarnos tan imposible materializar nuestra capacidad intelectual que lleguemos a parecer deficientes mentales.¹⁵

15. Isabelle Rapin considera la sordera una forma de retraso mental tratable o, mejor, prevenible (véase Rapin, 1979).

Hay diferencias fascinantes de estilo, de enfoque del mundo, entre los sordos y los ciegos (y los normales). Los niños ciegos, en concreto, suelen hacerse «hiperverbales», tienden a utilizar complejas descripciones verbales en vez de imágenes visuales, intentando rechazar lo visual o sustituirlo por lo verbal. La psicoanalista Dorothy Burlingham decía que esto solía traer consigo una especie de «falso yo» pseudovisual, que pareciese que el niño veía cuando no era así (Burlingham, 1972). Esta psicoanalista creía que era fundamental tener en cuenta el hecho de que los niños ciegos tienen un perfil y un «estilo» completamente distintos

Fue precisamente por esto por lo que se consideró idiotas durante miles de años a los sordos congénitos, o «sordomudos», y por lo que una ley muy poco ilustrada les declaró «incapaces» (de heredar propiedades, de casarse, de instruirse, de desempeñar un trabajo interesante) y se les negaron los derechos humanos fundamentales. Esta situación no empezó a remediar hasta mediados del siglo XVIII, cuando (quizás como parte de una ilustración general, quizás como un acto específico de empatía y talento) se produjo un cambio radical en la visión y la condición de los sordos.

A los *filósofos* de la época les fascinaban, sin duda, los interrogantes y los problemas extraordinarios que planteaba un ser humano aparentemente sin lenguaje. El «niño salvaje» de Aveyron¹⁶ ingresó, cuando lo llevaron a París en 1800, en la

(que exigen un tipo diferente de enseñanza y de lenguaje) y que no hay que considerarles deficientes sino diferentes y peculiares por derecho propio. Esta actitud era revolucionaria en la década de 1930, cuando se publicaron por primera vez sus estudios. Ojalá hubiera estudios psicoanalíticos comparables sobre niños sordos de nacimiento; pero para esto haría falta un psicoanalista, si no sordo que hablase al menos con fluidez por señas y, aún mejor, que tuviese el lenguaje de señas como primera lengua.

16. A Víctor, el «niño salvaje», lo encontraron en los bosques de Aveyron en 1799. Andaba a cuatro patas, comía bellotas, vivía como un animal. Cuando lo llevaron a París, en 1800, despertó un enorme interés pedagógico y filosófico: ¿Cómo pensaba? ¿Se le podía instruir? El médico Jean-Marc Itard, que destacó además por su interés por los sordos (y también por sus errores respecto a ellos), acogió al niño en su casa e intentó enseñarle a hablar e instruirle. Su primera memoria sobre el tema se publicó en 1807 y le siguieron varias más (véase Itard, 1932). Harlan Lane le ha dedicado también un libro, en el que, entre otras cosas, compara a estos niños «salvajes» con los sordos de nacimiento (Lane, 1976).

El pensamiento romántico del siglo XVIII, del que Rousseau fue representante muy destacado, consideraba en general que toda desigualdad, toda desgracia, toda culpa, toda represión se debía a la civilización, y creía que la inocencia y la libertad sólo podían hallarse en la naturaleza:

Institución Nacional para Sordomudos, dirigida por aquel entonces por el abate Roch-Ambroise Sicard, miembro fundador de la Asociación de Observadores del Hombre, y personalidad destacada en la educación de los sordos. Como escribe Jonathan Miller:¹⁷

El niño «salvaje» brindaba a los miembros de esta asociación una oportunidad excepcional para poder investigar los fundamentos de la naturaleza humana... estudiando a una criatura como aquélla lo mismo que habían estudiado antes salvajes y primates, indios piel roja y orangutanes, los intelectuales de fines del siglo XVIII tenían la esperanza de poder definir qué era lo característico del hombre. Quizás pudiesen determinar al fin el patrimonio innato de la especie humana y establecer de una vez por todas qué papel jugaba la sociedad en la formación del lenguaje, la inteligencia y la moral.

Aquí los dos proyectos divergían, claro, encaminándose uno al éxito y el otro al fracaso absoluto. El niño salvaje

«El hombre nace libre, pero por todas partes lo encadenan.» La realidad aterradora de Víctor fue una especie de correctivo, la revelación de que, como dice Clifford Geertz: «... no existe una naturaleza humana independiente de la cultura. Los hombres sin cultura no serían [...] los nobles de la naturaleza del primitivismo de la Ilustración [...] Serían monstruosidades inviables con muy pocos instintos útiles, muy pocos sentimientos identificables y sin intelecto: casos incurables [...] Pues nuestro sistema nervioso central (y sobre todo su máxima gloria y maldición, el neocortex) se formó en gran parte en interacción con la cultura y no es capaz de regir nuestra conducta ni de organizar nuestra experiencia sin la orientación que aportan ciertos sistemas de símbolos significativos [...] Somos, en suma, animales inacabados o incompletos que nos completamos a través de la cultura» (Geertz, 1973, p. 49).

17. Miller, 1976.

nunca llegó a dominar el lenguaje, por la razón o razones que fuesen. Una explicación no suficientemente considerada es que nunca le pusieron en contacto con un lenguaje de señas, y se limitaron a presionarle sin descanso, y en vano, para que intentara hablar. Pero cuando se abordó adecuadamente a los «sordomudos», es decir, a través del lenguaje de señas, resultó fácil instruirles, y demostraron enseguida a un mundo atónito que podían incorporarse plenamente a su cultura y a su vida. Este hecho maravilloso, el que una minoría despreciada o menospreciada, a la que se le negaba en la práctica el estatus humano hasta tal punto, irrumpiese súbita y sorprendentemente en la escena del mundo, y el de la posterior y trágica destrucción de todo esto en el siglo siguiente, constituyen el capítulo inicial de la historia de los sordos.

Pero antes de adentrarnos en esta extraña historia volvamos a los comentarios totalmente personales e «inocentes» de David Wright. «Inocentes» porque, como él mismo destaca, procuró no leer nada sobre el tema hasta que terminó de escribir su libro. A los ocho años, cuando se hizo evidente que su sordera era incurable y que si no se tomaban medidas concretas disminuiría su dominio del lenguaje, le enviaron a Inglaterra, a un colegio especial. Era uno de esos colegios en los que se trabaja con ahínco infatigable pero descaminado, uno de esos colegios rigurosamente «orales», que procuran ante todo conseguir que los sordos hablen como los demás niños y que tanto daño han hecho desde el principio a los sordos prelingüísticos. El joven David Wright quedó asombrado cuando tuvo su primer contacto con sordos prelingüísticos:¹⁸

18. Wright, 1969, pp. 32-33.

A veces daba lecciones con Vanessa. Era la primera niña sorda que conocía... Pero sus conocimientos generales resultaban extrañamente limitados, incluso para un niño de ocho años como yo. Recuerdo una lección de geografía que estábamos dando juntos, en la que la señorita Neville preguntó:

—¿Quién es el rey de Inglaterra?

Vanessa no lo sabía; intentó leer de reojo, acongojada, el libro de geografía, que estaba abierto por el capítulo de Gran Bretaña que habíamos estudiado.

—Rey... rey... —empezó.

—Vamos —la instó la señorita Neville.

—Yo lo sé —dijo.

—Cállate.

—Reino Unido —dijo Vanessa.

Me eché a reír.

—Eres tonta —dijo la señorita Neville—. ¿Cómo va a llamarse Reino Unido un rey?

—Rey Reino Unido —probó la pobre Vanessa muy colorada.

—Díselo tú si lo sabes.

—El rey Jorge V —dije muy orgulloso.

—¡Eso no es justo! ¡No viene en el libro!

Vanessa tenía toda la razón, claro, el capítulo de la geografía de Gran Bretaña no se ocupaba de su organización política. Vanessa no era nada tonta, pero como había nacido sorda el vocabulario que había aprendido lenta y laboriosamente era aún demasiado limitado para permitirle leer por distracción o por placer, así que era casi imposible que asimilara ese fondo de información heterogénea y transitoriamente inútil que adquieren de forma inconsciente otros niños por las conversaciones que oyen o por lecturas al azar. Casi todo lo que sabía se lo habían enseñado o se lo habían hecho aprender. Y ésta es una diferencia fundamental entre los niños que oyen y los que nacen sordos, o lo era en aquella era preelectrónica.

Es evidente que la situación de Vanessa era grave, pese a su capacidad innata; y el tipo de enseñanza y comunicación que se le imponía le era de escasa utilidad y puede que perpetuase incluso su situación. Porque en aquella escuela progresista (así se consideraba) se prohibía con rigor implacable, con una ferocidad casi demente, el lenguaje de señas; y no sólo el lenguaje de señas británico, sino el «jergal», el tosco lenguaje de señas que habían creado por su cuenta los alumnos sordos. Y sin embargo (esto también nos lo explica por menorizadamente Wright) el lenguaje de señas florecía en el colegio, era irreprimible pese a los castigos y las prohibiciones. Pero veamos la primera impresión que le hicieron al joven David Wright sus condiscípulos:¹⁹

La confusión aturde los ojos, los brazos giran como aspas de molino en un huracán [...] el silencioso y enérgico vocabulario del cuerpo: aire, expresión, porte, forma de mirar; las manos despliegan su mímica. Un pandemonio absolutamente fascinante [...] empiezo a darme cuenta de lo que pasa. Ese blandir manos y brazos, coribántico en apariencia, no es más que una convención, un código que aún no transmite nada. En realidad es una especie de lengua vernácula. El colegio ha ido creando un idioma peculiar o jerga propia, aunque no sea un idioma verbal [...] La comunicación debía ser toda oral en teoría. Nuestro argot de señas estaba prohibido, por supuesto [...] Pero estas reglas no podían imponerse cuando no estaba presente el personal. Lo que acabo de describir no es cómo hablábamos sino cómo hablábamos cuando no había entre nosotros ningún oyente. En esas ocasiones nuestra conducta y nuestra conversación eran completamente distintas. Nos liberábamos de las inhibiciones, no llevábamos máscara.

19. Wright, 1969, pp. 50-52.

Así era la Escuela de Northampton, de las Midlands inglesas, cuando David Wright fue allí como alumno en 1927. Para él, un niño sordo poslingüístico, con un dominio firme del lenguaje, el colegio fue excelente sin duda. Para Vanessa, y para otros niños sordos prelingüísticos, un colegio así, con un enfoque oral intransigente, era casi un desastre. Pero un siglo antes, más o menos, en el Asilo Estadounidense para Sordos, fundado en la década anterior en Hartford (Connecticut), donde profesores y alumnos hablaban con toda libertad por señas, Vanessa no se habría encontrado lastimosamente imposibilitada; podría haberse convertido en una joven que dominase la lectura y la escritura y hasta puede que en una joven literata, como las que surgieron y escribieron libros durante la década de 1830.

La situación de los sordos prelingüísticos fue verdaderamente calamitosa hasta 1750: sin posibilidad de adquirir el dominio del habla, y por tanto «mudos»; sin poder disfrutar de una comunicación libre ni siquiera con sus padres y familiares; reducidos a unas cuantas señas y gestos rudimentarios; marginados, salvo en las grandes ciudades, incluso de la comunidad de los de su propia condición; privados de la posibilidad de leer y escribir y recibir una educación, de todo conocimiento del mundo; obligados a hacer los trabajos más serviles; viviendo solos, a menudo al borde de la indigencia; considerados por las leyes y por la sociedad casi como imbéciles..., la suerte de los sordos era, sin discusión, espantosa.²⁰

20. En el siglo XVI se había enseñado ya a hablar y a leer a algunos niños sordos de familias nobles, a base de muchos años de instrucción, para que pudiera considerárseles personas jurídicamente (a los mudos no se les consideraba tales) y pudiesen heredar los títulos y fortunas de sus familias. Pedro Ponce de León en la España del siglo XVI, los Braidwood en Inglaterra, Amman en Holanda y Pereire y Deschamps en Francia fue-

Pero lo visible y patente no era nada comparado con la indigencia interna, la indigencia de conocimiento y de pensamiento que podía entrañar una sordera prelingüística si no había comunicación ni medidas terapéuticas de ningún género. La situación lamentable de los sordos despertó la curiosidad y la compasión de los *philosophes*. Así, el abate Sicard preguntaba:²¹

¿Por qué está el sordo inculto aislado del todo y no puede comunicarse con otros hombres? ¿Por qué se halla reducido a ese estado de imbecilidad? ¿Es su constitución biológica distinta de la nuestra? ¿No posee todo lo necesario para experimentar sensaciones, adquirir ideas y combinarlas para hacer todo lo que hacemos nosotros? ¿No percibe las impresiones sensoriales de los objetos como nosotros? ¿No son éstas, como en nuestro caso, la causa de las sensaciones de la mente y de sus ideas adquiridas? ¿Por qué permanece entonces el sordo estúpido y nosotros nos hacemos inteligentes?

Formular esta pregunta (que hasta entonces no se había formulado en realidad, o, al menos no claramente) es comprender su respuesta, ver que la respuesta está en el uso de las señas. La causa es, continúa Sicard, que el sordo no tiene «símbolos para fijar y combinar ideas...», por eso hay un va-

ron todos ellos educadores oyentes que alcanzaron mayor o menor éxito en la tarea de enseñar a hablar a algunos sordos. Lane destaca que muchos de estos educadores se basaban en señas y en el deletreo dactilar para enseñar el habla. En realidad, hasta los más famosos de estos alumnos sordos orales conocían y usaban el lenguaje de señas. Su habla resultaba poco inteligible y solía retroceder en cuanto disminuía la enseñanza intensiva. Pero hasta 1750 la mayoría, el 99,9 por ciento de los sordos congénitos, no tenía ninguna posibilidad de aprender a leer y a escribir ni de recibir enseñanza alguna.

21. Lane, 1984b, pp. 84-85.

cío de comunicación total entre él y las demás personas». Pero lo decisivo, y lo que había sido causa básica de confusión desde los dictámenes de Aristóteles sobre el asunto, era la errónea insistencia en que los símbolos tenían que ser orales. Puede que esta incomprendición apasionada, o prejuicio, se remontase a los tiempos bíblicos: la condición subhumana de los mudos formaba parte del código mosaico, y la ratificaba la exaltación bíblica de la voz y el oído como único medio veraz de comunicación entre el hombre y Dios («en el principio fue el Verbo»); y sin embargo, aunque avasalladas por los tonantes dictámenes aristotélicos y mosaicos, algunas voces sagaces indicaban que no tenía por qué ser así. Pensemos, por ejemplo, en el comentario que hace Sócrates en el *Cratilo* de Platón, que tanto impresionó al joven abate De l'Epée:

Si no tuviésemos voz ni lengua y deseásemos sin embargo comunicarnos cosas entre nosotros, ¿no deberíamos procurar, como hacen los mudos, indicar lo que queremos decir con las manos, la cabeza y otras partes del cuerpo?

O los atisbos profundos, aunque obvios, del médico-filósofo Cardan en el siglo XVI:

Se puede conseguir que un sordomudo llegue a oír leyendo y a hablar escribiendo... pues lo mismo que se utilizan convencionalmente sonidos distintos para expresar cosas distintas, así también se puede hacer con las diversas imágenes de objetos y palabras [...] Los caracteres escritos y las ideas pueden asociarse sin la intervención de sonidos reales.

Esta consideración, la de que para comprender las ideas

no era imprescindible oír las palabras, era en el siglo XVI una opinión revolucionaria.²²

Pero no son (normalmente) las ideas de los filósofos las que cambian la realidad, ni lo es, a la inversa, la actuación práctica del hombre corriente. Lo que cambia la historia, lo que pone en marcha las revoluciones, es la unión de ambas cosas. Una mente idealista (la del abate De l'Epée) tenía que encontrar una práctica humilde (el lenguaje de señas natural de los sordos pobres que vagabundeaban por París) para que pudiese producirse un cambio decisivo. Si nos preguntásemos por qué se produjo entonces esa conjunción, que no se había producido antes, habríamos de responder que se debió, por una parte, a la vocación del abate, que no podía soportar la idea de que las almas de los sordomudos viviesen y muriesen inconfesas, privadas del catecismo, de las sagradas escrituras, del mensaje de Dios; por otra, a su humildad (a que *escuchó* a los sordos) y, además, a una idea filosófica y lingüística muy difundida en aquel medio: la de un lenguaje universal, como el *speciem* con que soñaba Leibniz.²³ Todo

22. Ha habido, sin embargo, lenguas exclusivamente escritas, como el leguaje erudito utilizado a lo largo de un millar de años por la élite de la burocracia china, que nunca se habló y que nunca se pretendió, en realidad, que se hablara.

23. De l'Epée se hace eco aquí concretamente de su contemporáneo Rousseau, tal como hacen todas las descripciones del lenguaje de señas del siglo XVIII. Rousseau (en el *Discurso sobre la desigualdad* y el *Ensayo sobre el origen del lenguaje*) habla de un lenguaje humano original o primordial, en el que todo tiene su nombre natural y auténtico; un lenguaje tan concreto, tan particular, que es capaz de captar la esencia, la «mismidad», de todo; tan espontáneo que expresa directamente todas las emociones; y tan transparente que no caben en él evasivas ni engaños. En este lenguaje no habría lógica ni gramática ni metáforas ni abstracciones (ni necesidad de ellas, en realidad); no sería un lenguaje mediato, una expresión simbólica del pensamiento y el sentimiento, sino que sería, casi mágicamente, *inmediato*. Quizás sea una fantasía universal la idea de un

esto contribuyó a que De l'Epée abordase el lenguaje de señas no despectivamente sino con respeto:²⁴

El lenguaje universal que vuestros investigadores han buscado en vano y perdido la esperanza de hallar está aquí, justo ante vuestros ojos; es el de los gestos y señas de los sordos que viven en la indigencia. Como no lo conocéis, lo despreciáis, pero sólo él puede proporcionaros la clave de todas las lenguas.

No importa —fue incluso ventajoso— que esto fuera un error, pues el lenguaje de señas no es un idioma universal en este sentido general, y el noble sueño de Leibniz probablemente sea sólo una quimera.²⁵ Pero lo importante fue que el abate prestó una atención minuciosa a sus alumnos, aprendió su lenguaje (cosa que habían hecho muy pocos oyentes hasta entonces). Y luego, asociando señas con imágenes y palabras escritas, les enseñó a leer; y con esto, de un plumazo, les dio acceso a los conocimientos y la cultura del mundo. El

lenguaje así, de un lenguaje del corazón, de un lenguaje de transparencia y lucidez perfectas, un lenguaje capaz de decirlo todo, sin engañarnos ni embrollarnos nunca (Wittgenstein habla a menudo del embrujo del lenguaje), un lenguaje tan puro como la música.

24. Lane, 1984b, p. 181.

25. Aún está muy extendida esta idea de que el lenguaje de señas es uniforme y universal y que permite a los sordos de todo el mundo comunicarse entre ellos. Es completamente falsa. Hay centenares de lenguajes de señas distintos y surgen independientemente siempre que hay un número significativo de sordos en contacto. Tenemos, así, el ameslán o lenguaje de señas estadounidense, el lenguaje de señas británico, el lenguaje de señas francés, el lenguaje de señas danés, el lenguaje de señas chino, el lenguaje de señas maya, aunque no tengan ninguna relación con el chino, el francés, el inglés o el maya hablados. (En Van Cleve, 1987, se describen detalladamente más de cincuenta lenguajes de señas naturales, desde el de los aborígenes australianos hasta el yugoslavo.)

sistema de señas «metódicas» de De l'Epée, una combinación del lenguaje de señas de sus alumnos sordos y de la gramática francesa por señas, permitía al estudiante anotar lo que se le decía a través de un intérprete que hablaba por señas, método tan fructífero que permitió por primera vez que los alumnos sordos corrientes pudiesen leer y escribir el francés, y adquirir así una educación. La escuela de De l'Epée, fundada en 1755, fue la primera que obtuvo apoyo público. De l'Epée formó a gran número de maestros de sordos, que, cuando murió él, en 1789, habían fundado ya veintiuna escuelas para sordos en Francia y en el resto de Europa. El futuro de la propia escuela de De l'Epée, incierto durante la vorágine de la revolución, quedó asegurado al convertirse en 1791 en el Instituto Nacional de Sordomudos de París, dirigido por el distinguido gramático Sicard. El libro de De l'Epée, tan revolucionario en su campo como el de Copérnico, no se publicó hasta 1776.

Este libro, un clásico, se puede leer en varias lenguas. Pero lo que no se podía leer, lo que ha permanecido prácticamente desconocido, son los escritos originales de los sordos, de aquellos primeros sordomudos que aprendieron a escribir, textos que tienen una importancia comparable (y en algunos aspectos son aún más fascinantes). Harlan Lane y Franklin Philip nos han prestado un gran servicio al facilitarnos estos textos en *The Deaf Experience*. Son especialmente conmovedores e importantes los «Comentarios» de Pierre Desloges, de 1779, el primer libro publicado por un sordo, accesibles ahora por primera vez en lengua inglesa. El propio Desloges, que se quedó sordo a muy temprana edad, cuando aún no había adquirido prácticamente el habla, nos hace primero una descripción aterradora del mundo, o el *no mundo*, de los que carecen de lenguaje:²⁶

26. Lane, 1984b, p. 32.

Al principio de mi enfermedad, y durante todo el período en que viví separado de los otros sordos [...] no conocía el lenguaje de señas. Sólo utilizaba señas dispersas, aisladas e inconexas. No conocía el arte de combinarlas para formar cuadros diferenciados con los que se pudieran representar ideas diversas, transmitirlas a otros y expresarlas en un discurso lógico.

Así pues, Desloges, pese a ser sin duda un individuo de grandes dotes naturales, apenas podía concebir «ideas» ni desarrollar un «discurso lógico», y no pudo hacerlo *hasta que* aprendió a hablar por señas (le enseñó, como suele pasarse a los sordos, otro sordo, en su caso un sordomudo analfabeto). Aunque muy inteligente, Desloges estuvo intelectualmente imposibilitado hasta que aprendió a hablar por señas, y, concretamente, usando el término que habría de utilizar un siglo después el neurólogo británico Hughlings-Jackson en relación con la incapacidad que acompaña a la afasia, era incapaz de «proponer». Merece la pena que aclaremos esto algo más con una cita del propio Hughlings-Jackson:²⁷

No hablamos ni pensamos sólo con palabras o señas, sino con palabras o señas que se relacionan unas con otras de un modo concreto [...] Sin una adecuada interrelación de sus partes, la expresión verbal sería una mera sucesión de nombres, un montón de palabras, que no formarían proposición alguna [...] La unidad del habla es la proposición. La pérdida del habla (afasia) es, por tanto, la pérdida del

27. Los escritos de Hughlings-Jackson sobre el lenguaje y sobre la afasia fueron oportunamente reunidos en un volumen de *Brain* que se publicó poco después de su muerte (Hughlings-Jackson, 1915). El mejor análisis del concepto jacksoniano de «proposición» se encuentra en el capítulo III de la maravillosa obra en dos volúmenes de Henry Head *Aphasia and Kindred Disorders of Speech*.

«proponer» [...] no sólo la pérdida de la capacidad de «proponer» en voz alta (hablar), sino de «proponer» interna y externamente [...] el paciente sin habla ha perdido el habla, no sólo en el sentido vulgar de que no puede hablar en voz alta, sino por completo. No sólo hablamos para decir a otros lo que pensamos, sino también para decírnoslo a nosotros mismos. El habla es una pieza del pensamiento.

Por eso decía yo antes que la sordera prelingüística podía ser mucho más terrible que la ceguera. Porque puede situar, si no se evita, en una condición de existencia prácticamente sin lenguaje (y sin posibilidad de «proponer») que debe compararse con la afasia, condición en la que el pensamiento mismo puede descomponerse y empequeñecerse. El sordo sin lenguaje puede en realidad ser *como* un imbécil, y de un modo particularmente cruel, porque la inteligencia, aunque presente y quizás abundante, permanece encerrada tanto tiempo como dure la ausencia de lenguaje. El abate Sicard tiene razón, y es poético, cuando habla de la enseñanza del lenguaje de señas y dice que «abre las puertas de... la inteligencia por primera vez».

No hay nada más admirable y más digno de elogio que lo que libera las potencialidades de un individuo y le permite desarrollarse y pensar, y nadie ensalza y describe esto con tanta pasión y elocuencia como los mudos súbitamente liberados, como Pierre Desloges:²⁸

El lenguaje [de señas] que utilizamos entre nosotros, al dar una imagen fiel del objeto expresado, resulta singularmente apto para precisar las ideas y para ampliar la capacidad de comprensión, pues se crea con él un hábito de ob-

28. Lane, 1984b, p. 37.

servación y análisis constantes. Es un lenguaje vivo; refleja el sentimiento y estimula la imaginación. No hay lenguaje más propio para transmitir las emociones grandes e intensas.

Pero ni siquiera De l'Epée percibió, o fue capaz de creer, que el lenguaje de señas era un lenguaje completo, capaz de expresar no sólo todas las emociones sino todas las proposiciones y de permitir a sus usuarios analizar cualquier tema, concreto o abstracto, con el mismo provecho y la misma eficacia que el habla y tan gramaticalmente como ésta.²⁹

En realidad esto lo han sabido siempre, o lo han dado al menos por supuesto, todos los que utilizaban las señas como su idioma natural, pero lo han negado siempre los oyentes y hablantes que, aunque bien intencionados, consideran las señas un medio de expresión pobre, una mimética rudimentaria y primitiva. De L'Epée tenía también esta falsa impresión, que sigue siendo prácticamente universal entre los oyentes. Es indudable, sin embargo, que el lenguaje de señas está a la par del habla, que sirve igual para lo riguroso que para lo poético, que sirve realmente para el análisis filosófico y para

29. Fue en realidad su ignorancia o incredulidad a este respecto lo que le llevó a proponer, y a imponer, su sistema completamente superfluo, absurdo en realidad, de «señas metódicas», que obstaculizaba en parte la enseñanza y mermaba la capacidad de comunicación de los sordos. A De l'Epée el lenguaje de señas le inspiraba entusiasmo y menosprecio a la vez. Lo consideraba, además, un lenguaje «universal»; creía, por otra parte, que no tenía gramática (y por eso necesitaba importar la gramática francesa, por ejemplo). Este error persistió sesenta años, hasta que Roch-Ambroise Bébian, alumno de Sicard, viendo claramente que el lenguaje de señas natural era autónomo y completo, prescindió de las «señas metódicas», de la gramática importada.

hacer el amor, y a veces mejor que el habla. (De hecho, si el oyente aprende la seña como primera lengua, puede utilizarla y conservarla como una alternativa constante, y a veces preferible, al habla.)

El filósofo Condillac, que en un principio había considerado a los sordos «estatuas sensibles» o «máquinas ambulantes» que no podían pensar ni tenían actividad mental organizada, acudió de incógnito a las clases de De l'Epée, pasó a ser un converso y aportó³⁰ el primer respaldo filosófico al método y al lenguaje de señas:

De l'Epée ha creado a partir del lenguaje de acción un arte metódico, fácil y sencillo con el que transmite a sus alumnos ideas de todo género, y hasta diría que ideas más precisas que las que se aprenden normalmente con ayuda de la audición. Cuando de niños nos vemos reducidos a interpretar el significado de las palabras de acuerdo con las circunstancias en que las oímos, suele sucedernos que captamos un significado sólo aproximado, y nos conformamos con esa aproximación toda la vida. Cuando De l'Epée enseña a los sordos es distinto. Sólo tiene un medio de transmitirles ideas sensoriales; ese medio es analizar y hacer que el alumno analice con él. Les lleva así de las ideas sensoriales a las abstractas; las ventajas del lenguaje de acción de De l'Epée respecto a los sonidos verbales de nuestras institutrices y tutores son evidentes.

No sólo cambió de opinión Condillac, sino que también hubo un cambio de actitud considerable y generoso entre la generalidad del público, que acudía en masa a las demostraciones de De l'Epée y de Sicard, y se dio la bienvenida en la sociedad humana a los que hasta entonces se hallaban marginados.

30. Lane, 1984b, p. 195.

nados. En este período (que nos parece desde aquí una edad de oro en la historia de los sordos) se crearon en todo el mundo civilizado muchas escuelas para sordos, dirigidas en general por profesores sordos; los sordos salieron del olvido y de la oscuridad y se emanciparon, se liberaron y accedieron enseguida a puestos eminentes y de responsabilidad; pudo haber de pronto escritores sordos, ingenieros sordos, filósofos sordos, intelectuales sordos, algo que antes era inconcebible.

Cuando Laurent Clerc (alumno de Massieu, alumno a su vez de Sicard) se trasladó a los Estados Unidos en 1816, causó un revuelo inmediato y extraordinario, pues los profesores estadounidenses nunca habían conocido, ni imaginado siquiera, a un sordomudo de una cultura y una inteligencia tan impresionantes, no habían sospechado las posibilidades latentes de los sordos. En 1817, Clerc fundó con Thomas Gallaudet el Asilo Estadounidense para Sordos de Hartford.³¹ Igual que París (profesores, *philosophes* y público en general) se había conmovido, asombrado y «convertido» con De

31. Harlan Lane, en *When the Mind Hears*, se convierte en novelista-biógrafo-historiador y asume la personalidad de Clerc, a través del cual cuenta la historia de los sordos en su primer período. Como la vida larga y rica de Clerc abarca los acontecimientos más trascendentales, en muchos de los cuales desempeñó además un papel clave, su «autobiografía» se convierte en una maravillosa historia personal de los sordos.

La crónica del reclutamiento de Laurent Clerc y de su traslado a los Estados Unidos es una pieza muy estimada de la tradición y la historia de los sordos. Según se cuenta, el reverendo Thomas Gallaudet estaba un día observando a unos niños que jugaban en el jardín de su casa y le extrañó que uno de ellos no participase de la diversión general. Era una niña, y Gallaudet descubrió que se llamaba Alice Cogswell... y que era sorda. Intentó instruirla él mismo y luego habló con su padre, Mason Cogswell, médico de Hartford, y le propuso crear una escuela para sordos allí (no había entonces ninguna escuela para sordos en Estados Unidos).

l'Epée en la década de 1770, así se convirtieron los Estados Unidos cincuenta años después.

El ambiente del Asilo de Hartford, y de las otras escuelas que pronto se fundaron, se caracterizaba por ese tipo de entusiasmo y de emoción que sólo surgen cuando se inicia una gran empresa intelectual y humanitaria.³² En vista del éxito rápido y espectacular del Asilo de Hartford surgieron muy pronto otros colegios donde había suficiente densidad demográfica y, por tanto, suficiente número de alumnos sordos. Los maestros de sordos (casi todos hablaban por señas con fluidez y muchos eran sordos) fueron prácticamente todos a Hartford. El sistema de señas francés importado por Clerc se amalgamó enseguida con los lenguajes de señas del país (los sordos crean un idioma de señas siempre que forman una comunidad; es su forma de comunicación más fácil

Gallaudet fue a Europa a buscar un maestro, alguien que pudiese fundar, o ayudar a fundar, una escuela en Hartford. Fue primero a Inglaterra, a una de las escuelas de los Braidwood, una de las escuelas «orales» que se habían fundado en el siglo anterior (fue una escuela Braidwood la que visitó Samuel Johnson en su viaje a las Hébridas); pero le recibieron con mucha frialdad: el método «oral», le dijeron, era un «secreto». Tras esta experiencia en Inglaterra se fue a París y conoció allí a Laurent Clerc, que daba clases en el Instituto de Sordomudos. ¿Estaría dispuesto él, que era sordomudo y nunca se había aventurado a salir de su Francia natal, ni en realidad mucho más allá de los confines del Instituto, a ir a llevar la Palabra (la Seña) a América? Clerc aceptó y zarparon los dos hacia allí. En la travesía de cincuenta y dos días hasta Estados Unidos, enseñó a Gallaudet a hablar por señas y Gallaudet le enseñó a él inglés. Poco después de llegar empezaron a recaudar fondos (tanto el público en general como las autoridades se mostraron entusiastas y generosos) y al año siguiente inauguraron, con la colaboración de Mason Cogswell, el Asilo de Hartford. Hoy hay una estatua de Thomas Gallaudet enseñando a Alice, en el campus de la Universidad de Gallaudet.

32. Esta atmósfera aísla en todas las páginas de un libro delicioso, *The Deaf and the Dumb*, de Edwin John Mann, antiguo alumno del Asilo de Hartford, publicado por Hitchcock en 1836.

y más natural) y surgió así un híbrido vigoroso y de extraordinaria expresividad: el ameslán o lenguaje de señas estadounidense (American Sign Language, ASL).³³ Un aporte autóctono específico en la formación del ameslán (Nora Ellen Groce lo explica convincentemente en su libro *Everyone Here Spoke Sign Language*) fue el de los sordos de Martha's Vineyard. Una minoría sustancial de la población padecía allí sordera hereditaria y la mayoría de los habitantes de la isla habían adoptado un lenguaje de señas fácil y expresivo. Como además enviaron a casi todos los sordos del lugar al Asilo de Hartford en el período inicial del mismo, aportaron a la formación del lenguaje de señas nacional el vigor excepcional del suyo propio.

Tiene uno, realmente, una fuerte impresión de polinización, de gente que llega a Hartford, aporta lenguajes regionales, con todas sus peculiaridades y valores, y se lleva a cambio un lenguaje cada vez más depurado y general.³⁴ La alfabetización y la instrucción de los sordos se extendieron

33. No tenemos datos suficientes sobre la evolución del ameslán, sobre todo en sus primeros cincuenta años, en que se produjo una «criollización» de largo alcance, al americanizarse el lenguaje de señas francés (véanse Fischer, 1978, y Woodward, 1978). Había ya mucha diferencia entre el lenguaje de señas francés y el nuevo ameslán criollo en 1867 (el propio Clerc lo comentó) y ha seguido aumentando en los últimos ciento veinte años. Sin embargo, aún hay similitudes significativas entre los dos lenguajes, las suficientes para que un estadounidense que domine el ameslán no se sienta demasiado extraño en París, mientras que tendría grandes dificultades para entender el lenguaje de señas británico, que tiene orígenes muy distintos.

34. Los dialectos de señas naturales pueden ser muy diferentes. Así, antes de 1817 un estadounidense que recorriese su país se encontraría con dialectos de señas tan distintos del suyo como para resultarle incomprendibles; y la regularización fue tan lenta en Inglaterra que hasta fecha muy reciente los usuarios de lenguajes de señas de pueblos contiguos podían no entenderse.

en Estados Unidos tan espectacularmente como en Francia y se propagaron muy pronto a otras partes del mundo.

Lane calcula que en 1869 había quinientos cincuenta maestros de sordos en el mundo, y que el 41 por ciento de los que había en Estados Unidos eran sordos también. El Congreso aprobó en 1864 una ley que autorizaba a la Institución Columbia para Sordos y Ciegos de Washington a convertirse en una universidad nacional de sordomudos, la primera institución de enseñanza superior específicamente destinada a ellos. Su primer rector fue Edward Gallaudet (hijo de Thomas Gallaudet, que había traído a Clerc a los Estados Unidos en 1816). La Universidad Gallaudet, como se rebautizaría más tarde, sigue siendo hoy la única universidad de humanidades para alumnos sordos del mundo, aunque haya ya varios programas e institutos para sordos vinculados a universidades técnicas. (El más famoso es el Instituto de Tecnología de Rochester, donde hay más de 1.500 estudiantes sordos que forman el Instituto Técnico Nacional para Sordos.)

El gran impulso de liberación e instrucción de los sordos que barrió Francia entre 1770 y 1820, siguió así su marcha triunfal en los Estados Unidos hasta 1870 (Clerc, inmensamente activo hasta el final y con una personalidad carismática, murió en 1869). Y luego (y éste es el punto crucial de toda la historia) el impulso cambió de dirección, se volvió contra el uso del lenguaje de señas por y para los sordos, hasta el punto de que en veinte años se destruyó la labor de todo un siglo.

En realidad lo que pasaba con los sordos y el lenguaje de señas era parte de un movimiento general (y, si se prefiere, «político») de la época: una tendencia a la imposición y al conformismo victorianos, a la intolerancia hacia minorías y costumbres minoritarias de cualquier género: religiosas, lingüísticas, étnicas. En ese período las «naciones pequeñas» y las «lenguas pequeñas» del mundo (por ejemplo, Gales y el galés) se vieron forzadas a la asimilación o la adaptación.

Había habido durante dos siglos además, entre los maestros y los padres de los niños sordos, una contracorriente partidaria de que el objetivo de su educación fuese enseñarles a hablar. Ya De l'Epée se había visto enfrentado un siglo antes, si no de modo explícito sí al menos implícitamente, con Pereire, el mayor «oralista» o «desenmudecedor» de la época, que consagró su vida a enseñar a hablar a los sordos; era una tarea que exigía dedicación absoluta, pues se necesitaban años de instrucción ardua e intensiva, y un profesor trabajando con un solo alumno, para que hubiese alguna esperanza de éxito. En cambio De l'Epée podía enseñar a cientos de alumnos a la vez. Pero en la década de 1870 surgió una corriente que llevaba décadas fraguándose, alimentada, paradójicamente, por el enorme éxito de las instituciones para sordomudos y de sus espectaculares demostraciones de que se podía instruir a los sordos. Esta corriente pretendía eliminar el instrumento mismo del éxito.

Había, claro, dilemas reales, los ha habido siempre, y aún los hay hoy. ¿De qué servía, se argumentaba, el uso de las señas sin habla? ¿No reduciría esto a los sordos, en la práctica, a relacionarse sólo entre ellos? ¿No debería enseñárselos más bien a hablar (y a leer los labios), para que se integraran plenamente con el resto de la población? ¿No deberían prohibírseles las señas, para que no obstaculizaran el aprendizaje del habla?³⁵

35. Los viejos términos «sordo y mudo» o «sordomudo» aludían a la supuesta incapacidad de los mudos para hablar. Son, claro, perfectamente capaces de hablar, ya que tienen el mismo aparato vocal que los demás; lo que no pueden es oír lo que dicen ni controlar con el oído los sonidos que emiten. Sus mensajes verbales pueden ser, por ello, de amplitud y tono anormales, con omisión de muchas consonantes y de otros sonidos del habla, a veces hasta el punto de resultar ininteligibles. Al no tener la posibilidad de controlar auditivamente el habla, los sordos han de aprender a controlarla con otros sentidos: con la vista, el tacto, la sensibilidad a las

Pero hay otro aspecto del asunto que es preciso tener presente. Si la enseñanza del habla es ardua y ocupa docenas de horas por semana, sus ventajas podrían quedar anuladas por esos miles de horas que hay que restar a la instrucción general. ¿No podríamos tener como resultado final un analfabeto funcional con una mala imitación del habla como mucho? ¿Es «mejor» la integración o la educación? ¿Podríamos lograr ambas combinando habla y seña? ¿No produciría no lo mejor sino lo peor de ambas opciones cualquier combinación de este género?

Estos dilemas y debates de la década de 1870 parecen haber estado gestándose soterradamente a lo largo de un siglo de éxito; un éxito que podía considerarse, y que muchos consideraban, algo perverso, algo que conducía al aislamiento y la marginación.

Edward Gallaudet era, por su parte, un hombre de mentalidad abierta que había viajado mucho por Europa a finales de la década de 1860, y que había visitado escuelas de sordos de catorce países. Descubrió que la mayoría utilizaban la seña y el habla, ambas cosas, y que las escuelas que utilizaban lenguaje de señas obtenían resultados similares a las orales en la articulación del habla, pero superiores en la enseñanza general. Él creía que la capacidad de articular el habla, aunque

vibraciones y la cinestesia. Además, los sordos prelingüísticos no tienen ninguna imagen auditiva, ninguna *idea* de cómo suena en realidad el habla, de la correspondencia sonido-significado. Lo que es básicamente un fenómeno auditivo ha de captarse y controlarse por medios no auditivos. Esto plantea graves dificultades y puede exigir miles de horas de enseñanza individual.

Éste es el motivo de que las voces de los sordos pre y poslingüísticos sean en general muy distintas, e inmediatamente diferenciables; los sordos poslingüísticos *recuerdan* cómo se habla, aunque no puedan controlar ya fácilmente lo que dicen; a los sordos prelingüísticos hay que *enseñarles* a hablar, carecen de todo sentido o recuerdo de cómo suena el habla.

muy deseable, no podía ser la base de la enseñanza primaria, que ésta debía abordarse, y se lograba antes, mediante la seña.

Gallaudet era un hombre ecuánime, pero otros no lo eran. Proliferaban los «reformadores» (Samuel Gridley Howe y Horace Mann fueron ejemplos egregios) que clamaban por la desaparición de los asilos «anticuados» que utilizaban el lenguaje de señas y por la creación de escuelas orales «progresistas». La primera de estas instituciones fue la Escuela Clarke para Sordos de Northampton, Massachusetts, que se fundó en 1867. (Fue el modelo inspirador de la Escuela de Northampton de Inglaterra, que fundó al año siguiente el reverendo Thomas Arnold.) Pero la personalidad más importante e influyente entre los «oralistas» fue Alexander Graham Bell, que era además heredero de una tradición familiar de enseñanza de la declamación y de corrección de los trastornos del lenguaje (su padre y su abuelo habían destacado en estos campos), se hallaba vinculado a una mezcla familiar extraña de sordera negada (tanto su madre como su esposa eran sordas, pero no lo reconocieron nunca) y era, claro, un genio de la tecnología por derecho propio. Cuando puso todo el peso de su autoridad y su prestigio inmensos al servicio del oralismo, se inclinó por fin la balanza y en el tristemente célebre Congreso Internacional de Educadores de Sordos que se celebró en Milán en 1880, y en el que se excluyó de las votaciones a los maestros sordos, triunfó el oralismo y se prohibió «oficialmente» el uso del lenguaje de señas en las escuelas.³⁶

36. Aunque los sordos han considerado a Bell una especie de ogro (George Veditz, que fue presidente de la Asociación Nacional de Sordos de los Estados Unidos, y un héroe para los sordos, decía que era «el enemigo más temible de los sordos estadounidenses»), debería tenerse en cuenta que en cierta ocasión dijo: «Creo que si considerásemos sólo la condición mental del niño sin referirnos al lenguaje, ningún lenguaje lle-

A los alumnos sordos les estaba prohibido utilizar su propio lenguaje «natural» y se les obligaba a aprender, como pudieran, el lenguaje «antinatural» (para ellos) del habla. Y quizás esto se correspondiese con el espíritu de la época, su concepción presuntuosa de la ciencia como poder, de que había que imponerse a la naturaleza sin someterse nunca a ella.

Una de las consecuencias de esto fue que tenían que enseñar a los estudiantes sordos maestros oyentes y no maestros sordos como antes. La proporción de maestros sordos, que se aproximaba al 50 por ciento en 1850, descendió al 25 por ciento en el cambio de siglo, y era del 12 por ciento en 1960. El inglés se convirtió cada vez más en el idioma pedagógico para los sordos, y lo enseñaban profesores oyentes, entre los que cada vez eran menos los que conocían algún tipo de lenguaje de señas. Es decir, la situación que describe David Wright de su colegio en la década de 1920.

Nada de esto habría importado si el oralismo hubiese resultado eficaz. Pero el resultado fue, desgraciadamente, el contrario al previsto: se pagaba un precio intolerable por aprender a hablar. Los estudiantes sordos de la década de 1850, que habían estudiado en el Asilo de Hartford y en otras escuelas parecidas, tenían un nivel cultural alto y sabían leer y escribir con toda corrección, se hallaban en condiciones perfectamente equiparables a las de sus compañeros oyentes. Hoy sucede al contrario. El oralismo y la prohibición del lenguaje de señas han provocado un deterioro espe-

garía a la mente como el de señas; es el medio de llegar a la mente del niño sordo.» Conocía además el lenguaje de señas, en el que se expresaba «con fluidez [...] tan bien como un sordomudo [...] sabía utilizar los dedos con una facilidad y una gracia fascinantes», según su amigo sordo Albert Ballin. Ballin calificó también de «afición» el interés de Bell por los sordos, pero ese interés presenta, más bien, todos los rasgos de una obsesión violenta y conflictiva.

cífico del desarrollo cultural del niño sordo y de la enseñanza y la alfabetización de los sordos en general.³⁷

Todos los profesores de personas sordas conocen estos hechos decepcionantes, pero es necesario interpretarlos. Hans Furth, psicólogo cuyo trabajo se relaciona con la cognición en los sordos, afirma que realizan igual que los oyentes las pruebas que sirven para medir la inteligencia sin necesidad de información previa.³⁸ Según él, los sordos congénitos padecen «carencia de información». Esto se debe a causas diversas. En primer lugar, están menos expuestos al aprendizaje «accidental» que se produce fuera del colegio, por ejemplo a ese zumbido de la conversación que constituye un telón de fondo de la vida normal; a la televisión, salvo que tenga subtítulos, etcétera. En segundo lugar, la enseñanza tiene un contenido más limitado en su caso que en el de los niños oyentes: se dedica tanto tiempo a enseñarles a hablar (hay que calcular entre cinco y ocho años de enseñanza intensiva) que queda poco para transmitir información, cultura, técnicas complejas o cualquier otra cosa.

Pero el deseo de que los sordos hablen, la insistencia en que lo hagan y las extrañas supersticiones que han existido siempre en torno al uso del lenguaje de señas, por no mencionar la enorme inversión en escuelas orales, permitieron que se fuese creando esta situación deplorable, que pasase prácticamente desapercibida, salvo para los sordos, que, como pasaban desapercibidos también ellos, tenían poco que decir al

37. Muchos sordos son hoy analfabetos funcionales. Un estudio que realizó la Universidad Gallaudet en 1972 indicaba que el nivel medio de lectura de los sordos de dieciocho años que terminaban la enseñanza secundaria en Estados Unidos era sólo el correspondiente a cuarto curso, y un estudio del psicólogo británico R. Conrad revela una situación similar en Inglaterra, donde los estudiantes sordos terminan la secundaria con el nivel de lectura de un niño de nueve años.

38. Furth, 1966.

respecto. Hasta la década de 1960 no empezaron a preguntarse los historiadores y los psicólogos, los padres y profesores de niños sordos: «¿Qué ha sucedido? ¿Qué *está* sucediendo?» Hasta los años sesenta y principios de los setenta no llegó al público esta situación a través de novelas como *In This Sign* (1970) de Joanne Greenberg, y más recientemente la magnífica obra de teatro (y película) *Hijos de un dios menor* de Mark Medoff.³⁹

Existe una conciencia de que hay que hacer algo. ¿Pero qué? Resulta seductora, sin duda, la solución de compromiso, es decir el sistema «combinado», combinar seña y habla, que permitiría a los sordos dominar ambas. Se propone otro compromiso, que añade más confusión aún: un lenguaje intermedio entre el inglés y del lenguaje de señas (es decir, un inglés por señas). Este tipo de confusión se remonta a mucho tiempo atrás, se remonta a las «señas metódicas» de De l'Epée, que pretendían ser un intermedio entre el francés y el lenguaje de señas. Pero los verdaderos idiomas de señas son en realidad algo completo en sí: tienen una sintaxis, una gramática y una semántica completas, aunque con un carácter distinto del de las de cualquier idioma hablado o escrito. No es posible, por tanto, transliterar un idioma hablado en idioma de señas palabra por palabra o frase a frase: hay diferencias básicas en sus estructuras. Suele pensarse que el lenguaje de señas *es*, más o menos, inglés o francés y no es así: es lo que es, Seña. El «inglés por señas» que ahora se defiende como solución de compromiso es innecesario, pues no hace

39. Ha habido, claro, otras novelas, como *El corazón es un cazador solitario* (1940) de Carson McCullers. La imagen del señor Singer en este libro, un sordo aislado en un mundo de oyentes, es muy distinta de la de los protagonistas de la novela de Greenberg, que tienen viva conciencia de su identidad de sordos. En los treinta años transcurridos ha habido un cambio social inmenso, un cambio de perspectiva social, con la irrupción, sobre todo, de una autoconciencia nueva.

falta ningún pseudodioma intermedio. Y sin embargo se obliga a los sordos a aprender las señas no para expresar las ideas y acciones que quieren expresar sino para que utilicen los sonidos fonéticos de un inglés que no pueden oír.

Aún sigue defendiéndose, de una forma u otra, el uso del inglés por señas en vez del ameslán. La enseñanza de los sordos, si se hace por señas, se efectúa mayoritariamente en inglés por señas; la mayoría de los maestros de sordos que saben alguna lengua de señas saben el inglés por señas y no el ameslán; y todos los pequeños camafeos que aparecen en las pantallas de televisión utilizan el inglés por señas y no el ameslán. Así pues, un siglo después del congreso de Milán, los sordos siguen privados en gran medida de su idioma natural.

¿Pero qué decir, sobre todo, del sistema mixto con el que los estudiantes no sólo aprenden a hablar por señas sino también a leer los labios y a hablar? Puede que sea factible, siempre que el sistema educativo tenga en cuenta qué facultades se ejercitan mejor en las diversas fases del desarrollo. La cuestión básica es ésta: que los sordos profundos no muestran ninguna disposición natural a hablar. Hablar es una técnica que hay que enseñarles y es tarea de años. Por otra parte, muestran una tendencia fuerte e inmediata a la señal que les es plenamente accesible por tratarse de un lenguaje visual. Esto es muy evidente en los sordos hijos de padres sordos que hablan por señas, que hacen sus primeras señas hacia los seis meses de edad y alcanzan a los quince un considerable dominio del idioma de señas.⁴⁰

40. Aunque pueda haber un desarrollo anterior de un vocabulario de señas, el desarrollo de la gramática del lenguaje de señas se produce a la misma edad, y de la misma forma, que el aprendizaje de la gramática

El lenguaje debe transmitirse y aprenderse lo antes posible porque, si no, puede quedar permanentemente trastornado y retardado su desarrollo, con todos los problemas de «proposiciónación» que analizaba Hughlings-Jackson. Esto en el caso de los sordos profundos sólo se puede hacer por señas. Por eso hay que diagnosticar la sordera lo antes posible.⁴¹ Los niños sordos deben tener enseguida contacto y relación con personas que hablen con fluidez por señas, ya sean sus padres, profesores, o cualquier otra persona. Una vez que hayan aprendido a hablar por señas (y pueden hacerlo bien a los tres años) es cuando ha de seguir lo demás: un intercambio libre de inteligencias, una circulación libre de información, el aprendizaje de la lectura y la escritura y quizás del habla. No hay pruebas de que hablar por señas obstaculice el aprendizaje del habla. En realidad es más probable lo contrario.

¿Se ha considerado siempre, en todas partes, a los sordos «impedidos» o «inferiores»? ¿Han soportado siempre, deben

del habla. El desarrollo lingüístico se produce así al mismo ritmo en todos los niños, sordos u oyentes. Si aparecen las señas antes que la palabra se debe a que son más fáciles de hacer, pues entrañan movimientos de músculos más simples y lentos, mientras que el habla exige una coordinación rapidísima de centenares de estructuras distintas y sólo es posible en el segundo año de vida. Resulta intrigante, sin embargo, que un niño sordo de cuatro meses pueda hacer la señal de «leche», mientras un niño oyente sólo puede llorar o mirar en torno suyo. ¡Quizás fuese mejor que todos los niños conociesen unas cuantas señas!

41. Puede sospecharse la sordera por observación, pero no es fácil de probar en el primer año de vida. Por tanto, si hay algún motivo para sospechar sordera (por ejemplo, porque haya habido otros sordos en la familia o porque no haya reacción a ruidos súbitos), debería hacerse una prueba fisiológica de la reacción del cerebro al sonido (midiendo los llamados potenciales evocados auditivos). Esta prueba, relativamente simple, puede confirmar o desmentir el diagnóstico de sordera en la primera semana de vida.

soportar, la segregación y el aislamiento? ¿Podemos imaginar su situación de otra manera? ¡Ay, si existiera un mundo en que ser sordo no importase, y en el que todos los sordos pudieran gozar de integración y plenitud completas! Un mundo en el que ni siquiera se les considerase «impedidos» ni «sordos». ⁴²

Ese mundo existe, ha existido en el pasado y es el que nos describe un libro maravilloso y fascinante: *Everyone Here Spoke Sign Language: Hereditary Deafness on Martha's Vineyard*, de Nora Ellen Groce. En Martha's Vineyard, Massa-

42. Sicard imaginaba una comunidad de este tipo: «¿No podría haber en algún rincón del mundo toda una sociedad de personas sordas? ¡Entonces qué! ¿Pensaríamos que esos individuos eran inferiores, que carecían de inteligencia y de capacidad de comunicación? Tendrían, claro, un lenguaje de señas, quizás un lenguaje aún más rico que el nuestro. Ese lenguaje carecería al menos de ambigüedades, daría siempre una imagen exacta de las impresiones de la mente. ¿Por qué serían incivilizadas esas personas? ¿Por qué no podrían tener en realidad unas leyes, un gobierno y una policía menos recelosos que los nuestros?» (Lane, 1984b, pp. 89-90). Esta visión, tan idílica para Sicard, la imagina también (aunque como algo horrible) el igualmente hiperbólico Alexander Graham Bell, al que la experiencia de Martha's Vineyard (de la que se hablará más adelante) le indujo a escribir su *Memoir upon the Formation of a Deaf Variety of the Human Race*, 1883, que transpira miedo y está llena de sugerencias draconianas de «habérselas con» los sordos. Hay un indicio de ambos sentimientos (de lo idílico y de lo horrible) en un excelente relato de H. G. Wells titulado «El país de los ciegos».

Los propios sordos han tenido también impulsos esporádicos de separatismo o «sionismo» sordo. Edmund Booth propuso en 1831 la creación de una comunidad o pueblo sordo y John James Flournoy, en 1856, la creación de un estado sordo en el oeste de los Estados Unidos. Y es una idea que aún sigue presente en la fantasía. Así Lyson C. Sulla, el héroe ciego de *Islay*, sueña con llegar a ser gobernador del estado de Islay y convertirlo en un estado «de y para» los sordos (Bullard, 1986).

chusetts, a causa de una mutación, de un gene recesivo debido a la endogamia, ha habido, desde la llegada de los primeros colonos sordos en la década de 1690, y a lo largo de doscientos cincuenta años, una forma de sordera hereditaria. A mediados del siglo XIX casi todas las familias del interior de la isla estaban afectadas, y en algunos pueblos (Chilmark, West Tisbury) el número de sordos había llegado a ser uno de cada cuatro. Debido a esto, toda la comunidad aprendía a hablar por señas, y había un intercambio libre y pleno entre oyentes y sordos. En realidad a los sordos apenas se les consideraba «sordos», y desde luego no se les consideraba en modo alguno impedidos. ⁴³

En las asombrosas entrevistas grabadas por Groce, los habitantes más viejos de la isla hablan largo y tendido, con animación y con afecto, de sus parientes, vecinos y amistades, sin mencionar siquiera si son sordos. Y sólo si se les pe-

43. Ha habido y hay otras comunidades aisladas con una incidencia elevada de sordera y con actitudes sociales extraordinariamente favorables a los sordos y su lenguaje. Éste es, por ejemplo, el caso de Isla Providence, en el Caribe, estudiado meticulosamente por James Woodward (Woodward, 1982) y descrito también por William Washabaugh (Washabaugh, 1986).

Puede que el caso de Martha's Vineyard no sea tan raro; quizás debamos suponer que ocurre lo mismo siempre que hay un número significativo de sordos en una comunidad. Hay una aldea aislada del Yucatán (la descubrió e hizo filmaciones en ella el etnógrafo y cineasta Hubert Smith y están estudiándola ahora lingüística y antropológicamente Robert Johnson y Jane Norman, de la Universidad de Gallaudet) en la que treinta adultos y un niño pequeño, de una población total de 400 individuos, son sordos congénitos. También allí usa el lenguaje de señas toda la población. Hay otros parientes sordos (primos, primos segundos, etc.) en pueblecitos próximos.

El lenguaje de señas del que se sirven no es un lenguaje de señas «doméstico», sino un lenguaje de señas maya, que tiene sin duda cierta antigüedad, porque resulta inteligible para todos estos sordos, pese a estar esparcidos por un territorio de centenares de kilómetros cuadrados, en

día en concreto ese dato hacían una pausa y decían: «Ahora que lo menciona usted, sí, Ebenezer *era* sordomudo.» Pero la sordomudez de Ebenezer nunca le había marginado, apenas se apreciaba incluso como tal: sólo se le había considerado, se le recordaba, como «Ebenezer» (amigo, vecino, pescador de doradas), no como un sordomudo especial, impedido y marginado. Los sordos de Martha's Vineyard amaban, se casaban, se ganaban la vida, trabajaban, pensaban y escribían como todos los demás..., no se diferenciaban en nada, salvo en que eran, en general, más cultos que sus vecinos, porque prácticamente todos los sordos de Martha's Vineyard iban a estudiar al Asilo de Hartford, y se les consideraba con frecuencia los más sagaces de la comunidad.⁴⁴

Es muy curioso que los oyentes tendiesen a conservar el lenguaje de señas entre ellos después incluso de que muriese en 1952 el último isleño sordo, y no sólo para ocasiones especiales (contar chistes verdes, hablar en la iglesia, comuni-

poblaciones que no tienen prácticamente ningún contacto entre ellas. Es completamente distinto del lenguaje de señas del centro de México que se utiliza en Mérida y en otras ciudades, hasta el punto de que resultan mutuamente ininteligibles. La vida plena y bien integrada de los sordos rurales (en comunidades que les aceptan sin reservas y que se han adaptado a ellos aprendiendo a hablar por señas) contrasta notoriamente con el bajo nivel social, de información, educativo y lingüístico de los sordos «urbanos» de Mérida, que (tras años de escolarización inadecuada) sólo pueden dedicarse a la venta ambulante o quizás a conducir bicis-taxis. Esto demuestra lo bien que suele actuar la comunidad, mientras que el «sistema» lo hace mal.

44. La población de Fremont, California, además de su escuela ejemplar, brinda a los sordos unas oportunidades de trabajo sin parangón, así como un grado excepcional de consideración y de respeto por parte de ciudadanos y autoridades. La existencia de miles de sordos en una zona de Fremont ha dado origen a una situación bicultural y bilingüe fascinante, en la que se usan por igual el habla y la seña. En ciertas partes de la población se pueden ver cafés donde la mitad de los clientes hablan

carse de una embarcación a otra, etc.) sino en general. Se pasaban a él, involuntariamente, a veces en medio de una frase, porque el lenguaje de señas es «natural» para todo el que lo aprende (como primera lengua) y tiene una belleza intrínseca y una precisión que le hacen superior a veces al habla.⁴⁵

Tanto me conmovió el libro de Groce que en cuanto lo terminé cogí el coche, sin más equipaje que un cepillo de dientes, una grabadora y una cámara: tenía que ver aquella isla encantada personalmente. Comprobé que algunos de los

y la otra mitad se comunican por señas, centros juveniles donde actúan sordos y oyentes, y competiciones atléticas en las que participan juntos. En este caso no sólo hay contacto, amistoso además, entre sordos y oyentes, sino una considerable fusión o difusión de dos culturas, de modo que muchos oyentes (sobre todo niños) han empezado a aprender a hablar por señas, en general sin proponérselo conscientemente, más por asimilación que por un aprendizaje deliberado. Vemos pues que, incluso allí, en una próspera población industrial del Silicon Valley, y en la década de 1980, puede resurgir la situación saludable de Martha's Vineyard. Hay un caso bastante similar en Rochester, Nueva York, donde asisten al Instituto Técnico Nacional para Sordos miles de estudiantes sordos, algunos de familias sordas.

45. Conocí recientemente a una joven, Deborah H., hija oyente de padres sordos, cuya lengua materna es la seña, que me explicó que vuelve con frecuencia a ella, y «piensa en señas», cuando tiene que resolver un problema intelectual complejo. El lenguaje no sólo tiene una función intelectual sino también social, y para Deborah, que oye y vive en un mundo oyente, la función social corresponde, de un modo perfectamente natural, al habla, pero la intelectual aún sigue asignada, al parecer, a la seña.

Addendum (1990): Arlow (1967), en un estudio psicoanalítico de un niño oyente hijo de padres sordos informa de una interesante disociación o duplicación de la expresión verbal y motora: «La comunicación mediante conducta motora se convirtió en una parte importante de la transferencia... Yo estaba recibiendo sin saberlo dos tipos de comunicación simultáneamente: uno con palabras, la forma ordinaria que tenía el paciente de comunicarse conmigo; el otro con gestos [señas], que era la forma como el paciente solía comunicarse con su padre. En otros mo-

habitantes de más edad aún conservaban el lenguaje de señas, les gustaba y lo usaban para hablar entre ellos. Mi primera experiencia fue absolutamente inolvidable. Paré delante de la vieja tienda general de West Tisbury una mañana de domingo y vi a media docena de ancianos que cotilleaban en el porche. Eran como cualquier grupo de ancianos, de vecinos, hablando... hasta que de pronto, sorprendentemente, se pusieron todos a hablar por señas. Estuvieron hablando por señas un minuto, riéndose, y luego volvieron al habla. Entonces me di cuenta de que había ido al sitio adecuado. Y hablando allí con una de las personas más ancianas del lugar descubrí otra cosa de gran interés. Aquella anciana, de noventa y tantos años pero aguda como la punta de un alfiler, se sumía a veces en un plácido ensueño. Y entonces parecía que estuviese tejiendo, movía las manos con un movimiento constante y complejo. Su hija, que hablaba también por señas, me explicó que no estaba tejiendo, que estaba pensando, que pensaba por señas. Y me explicó además que la anciana podía, dormida incluso, trazar sobre la colcha fragmentos de signos: soñaba por señas. Estos fenómenos no pueden considerarse meramente sociales. Es evidente que si una persona ha aprendido a hablar por señas como primera lengua, su mente/cerebro lo retendrá y lo utilizará el resto de su vida aunque puede utilizar también el oído y el habla sin problema. Esto me convenció de que la señal era un idioma básico del cerebro.

mentos de la transferencia los símbolos motores constituyan una glosa al texto verbal que el paciente estaba transmitiendo. Contenían material suplementario que ampliaba o, más frecuentemente, contradecía lo que se estaba comunicando verbalmente. En cierto modo, estaba aflorando «material inconsciente» en la conciencia a través de la comunicación motora más que de la verbal.

CAPÍTULO SEGUNDO

Empecé a interesarme por los sordos (por su historia, su problemática, su lenguaje, su cultura) a raíz de que me enviaran unos libros de Harlan Lane para un comentario crítico. Me fascinaron en concreto las descripciones de sordos aislados que no habían podido aprender ningún tipo de lenguaje: sus deficiencias intelectuales evidentes y los trastornos en el desarrollo emotivo y social, igual de graves, que podía provocar la carencia de un auténtico lenguaje y de comunicación. ¿Qué es imprescindible, me pregunté, para que lleguemos a ser seres humanos plenos? ¿Lo que llamamos nuestra humanidad depende en parte del lenguaje? ¿Qué nos pasa si no logramos aprender ningún lenguaje? ¿Se desarrolla el lenguaje de modo espontáneo y natural o es preciso un contacto con más seres humanos?

Un medio (dramático) de investigar estos temas es el estudio de los seres humanos privados de lenguaje; y la privación del lenguaje, en la forma de afasia, es tema de importancia básica para el neurólogo desde la década de 1860: Hughlings-Jackson, Head, Goldstein y Luria escribieron sobre la afasia; también Freud escribió una monografía en la década de 1890. Pero la afasia es privación de lenguaje (por apoplejía u otro trastorno cerebral) en una mente ya forma-